

Xoán CARMONA BADIA y Jordi NADAL OLLER, *El empeño industrial de Galicia. 250 años de historia (1750-2000)*. Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2005, 444 pp.

En esta obra los autores muestran una panorámica de la historia manufacturera gallega que cuestiona, de un lado, la imagen de una región escasamente industrial y, de otro, arrincona el tópico de la falta de iniciativa empresarial de los gallegos. Fuertemente arraigados en la historiografía gallega y española en general, tales planteamientos son discutidos por los profesores Jordi Nadal y Xoan Carmona para mostrarnos una cara que los autores definen como más combativa, la del *'empeño industrial de Galicia'* en los últimos dos siglos y medio. Al pesimismo reinante en la historiografía de no hace mucho tiempo, ocupada en desentrañar las causas del fracaso industrial, se opone ahora un optimismo relativo que tiende a rescatar las iniciativas empresariales exitosas y relatar el esfuerzo plurisecular de artesanos, fabricantes, industriales y técnicos que asumieron el papel de emprendedores.

Los autores siguen la estela revisionista, ya frecuente en la historiografía hispana, sobre la visión que teníamos del 'desierto manufacturero' en la mayoría de las regiones españolas hasta la etapa *desarrollista e industrialista*. Una estela que el propio Nadal apadrinó desde hace aproximadamente dos décadas. La idea que impregnó los manuales de historia económica de España, en la que Cataluña y el País Vasco emergían como regiones industriales hacia 1900 y el resto las emulaban a partir de los Planes y Polos de Desarrollo impulsados por el régimen franquista, se ha desvanecido. Frente a ella, en los últimos tiempos ha emergido otra bien distinta, mucho más rica, compleja y diversa: la de unas regiones que cobraron cierto empuje industrial en alguno de los estadios de la primera y segunda industrialización, incluso algún protagonismo manufacturero en las etapas previas de la revolución industrial, fuera por el desarrollo de alguna de las especialidades o ramas en el largo recorrido hacia la industrialización, por varias de éstas a la vez, o incluso por el empeño de alguna iniciativa empresarial de cierta relevancia o singularidad en el contexto de la época.

Con este planteamiento, el objetivo propuesto en este libro fue modesto: "ofrecer un simple borrador de conjunto, esencialmente descriptivo", que, asimismo, "sirviera de marco para futuras investigaciones" (p. ix). Sin embargo, los resultados superan con creces las expectativas de los autores: los especialistas y lectores disponemos de un excelente libro que sintetiza el esfuerzo realizado por los historiadores económicos sobre la industria gallega, desde las primeras contribuciones de Antonio Meijide Pardo hasta las

más recientes de los jóvenes investigadores, pero, sobre todo, incorpora —y he aquí lo más novedoso— una ingente información a partir de las investigaciones inéditas de los autores. No en vano, el profesor Xoan Carmona viendo impulsando el estudio de las manufacturas y la industria gallega en el periodo contemporáneo. Como consecuencia de ello, los resultados, insisto, no han podido ser más satisfactorios y, desde luego, estimulantes para futuros proyectos de investigación. Además de revisar tópicos, los autores diseñan una estructura narrativa que, pese a la abundante documentación contenida sobre las múltiples iniciativas empresariales, posibilita una ágil lectura y la comprensión a un lector no especializado del *empeño industrial* desde mediados del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XXI.

El libro está estructurado en siete capítulos que, de forma cronológica, atienden a las principales etapas de la historia de la industria gallega, entendiéndose por ésta la desarrollada en suelo gallego. El planteamiento así descrito rinde cuentas del papel desempeñado por los “fomentadores catalanes”, el Estado y las empresas extranjeras asentadas en tierras de Galicia, además de las principales iniciativas de anónimos y reconocidos empresarios regionales y, aunque acaba destacando el protagonismo que en las últimas décadas adquieren las multinacionales gallegas en la modernización de la economía regional, deja a un lado la expansión que éstas desarrollan fuera del suelo gallego afrontando los retos de la globalización. Este último aspecto, de enorme interés por cuanto suscita de novedad en el campo de la historia empresarial española, reclama la pronta atención de los historiadores, pese a ser todavía una historia relativamente corta, reciente y, por tanto, inacabada.

El primer capítulo, introductorio, versa sobre las actividades manufactureras de tipo artesanal ejercidas en Galicia durante el siglo XVIII y muestra la importancia que tuvieron casi todas las especialidades industriales antes de la “era de la fábrica” y el abundante empleo generado por ellas. Éste llegó a ser muy superior a la media española, aunque fuera a tiempo parcial, incluso itinerante —verdadera excepcionalidad gallega—, y pendía de oficios y gremios muy diversos: textiles, curtidores, zapateros, saladores de pescado, canteros, mamposteros, herreros, cordeleros, alfareros, papeleros, entre otros muchos de actividades de muy baja especialización, rasgo que les diferenciaba de algunas regiones españolas, como Cataluña, o de las regiones protoindustriales europeas, y que afectó a la división del trabajo intrarregional y a los intercambios. En cualquier caso, el comercio de manufacturas hacia otras regiones españolas destacó por encima del de productos agrarios, rasgo que contrastaría con el que desarrollaría Galicia en el siglo siguiente. Por encima de todas las manufacturas, destacó la producción de lienzos de lino, un sistema atomizado de artesanos independientes (*Kaufssystem*) con una comercialización en manos de pequeños tratantes que impidió la acumulación de capital, debido a que ésta recayó entre un grupo todavía más reducido de mayoristas castellanos que repatriaron sus beneficios a sus ciudades. Junto a la manufactura lencera, descolló la actividad de las grandes industrias concentradas: el Arsenal de Esteiro-Ferrol desde 1750, la Real Fábrica de Mantelería de A Coruña, que había sido fundada hacia 1690, y la fábrica de jarcias de Sada, fundada en 1675, en ambos casos promovidas por holandeses.

El despliegue de actividades que transformaron el ámbito de las manufacturas europeas en las últimas décadas del siglo XVIII es objeto de atención por los autores en el siguiente capítulo. La lencería rural gallega, verdadera “industria nacional”, registró un

fuerte crecimiento aunque sin cambios organizativos ni técnicos. Otros sectores tradicionales como el curtido y la salazón de la sardina adoptaron nuevas formas de organización social y del trabajo, concentrando la actividad en locales especializados, pero sin introducir ningún tipo de modernización tecnológica. Las tenerías fueron impulsadas por catalanes y vasco-franceses, y los primeros también fueron responsables de la difusión de las fábricas de salazón, gracias a los cuales la sardina salada gallega pudo comercializarse en todo el Levante español en vísperas de la invasión francesa. Sin embargo, los verdaderos precursores de la fábrica moderna sobresalieron en las especialidades propias de la revolución industrial: el textil y la metalurgia. De un lado, destacó la instalación de blanquerías para los tejidos de lino y las fábricas de pintados dedicadas al acabado y estampado de tejidos de algodón de importación. De otro, es bien conocida la construcción de un alto horno destinado a la fundición de hierro en Sargadelos, el primero de ámbito civil en España. Aunque también cabe reseñar el efecto de arrastre del Arsenal en el desarrollo de algunos establecimientos industriales, principalmente en las “fábricas de harinas” y los curtidos, y el de otro proyecto industrial de gran calado, como el de la Real Fábrica de Cobre de Xubia, los resultados finales no fueron tan provechosos. La prosperidad de algunos negocios se evaporó incluso antes de la invasión francesa. La crisis del comercio colonial que supuso el fin del sistema de correos marítimos y la paralización del Arsenal por la falta de recursos de la Marina, quebraron el entramado comercial e industrial que se había expandido al final del Setecientos y concentrado principalmente en el entorno de A Coruña-Ferrol. La crisis industrial estaba servida y su atonía se prolongó, como en el resto de España, hasta la cuarta década del Ochocientos.

El capítulo tercero muestra las dificultades que la industria tradicional gallega encontró en el siglo XIX y el declive regional en el conjunto de la industria española. Pese a contar con una sólida industria rural, la manufactura gallega no dispuso de las ventajas comerciales que cosecharon vascos y catalanes, ni de los recursos naturales necesarios para la consolidación de una siderurgia moderna. Incapacitada para incorporar la tecnología necesaria para competir con rivales nacionales y extranjeros y que se imponía en la industria textil, la principal manufactura “nacional” fue desapareciendo. El empuje del algodón catalán y la liberalización aduanera arruinaron la lencería gallega. Las remesas de la primera emigración resultante de la crisis pudieron, no obstante, paliar sus efectos, como muestra la aparición de iniciativas empresariales, ciertamente aisladas, pero notables en el contexto de la época. Con todo, la falta de capacitación técnica fue responsable de la decadencia de subsectores pujantes en periodos centrales del siglo, acontecidos en las manufacturas del hierro, papel, vidrio y loza blanca, principalmente. Tampoco el Arsenal tuvo éxito en la avanzadilla de la construcción naval militar, pues la sustitución de cascos de madera por los de acero hubo de esperar a 1880, con claro retraso con respecto a los arsenales británicos y europeos en general, si bien apostó tempranamente por la construcción de máquinas de vapor marítimas. En cambio, destacaron dos industrias poco intensivas en tecnologías y bien dotadas en materias primas, curtidos y salazones, siendo la segunda una pieza clave para la transición a la moderna industria conservera que tiene su esplendor a comienzos del siglo XX.

“La industria que llegó del mar” es analizada en el cuarto capítulo. Desarticulados los textiles y altos hornos, para Carmona y Nadal la moderna industria fabril llegó a tierras gallegas de la mano de las conservas de pescado. Entre 1880 y 1936, la industria con-

servera, poco intensiva en energía en general, lideró la industria regional e impulsó a otras industrias y actividades hasta el punto que, en vísperas de la Guerra Civil, casi todas las iniciativas empresariales tenían nexos con la pesca, la comercialización de pescado en fresco y enlatado y, desde luego, con aquellas que derivaban de la posición marítima que ocupaba la región. En rigor, la formación del sector conservero se produce en las décadas finales del siglo XIX, registrando los primeros años del Novecientos una verdadera eclosión de establecimientos fabriles y un fuerte crecimiento de las exportaciones. La técnica y los mercados franceses fueron decisivos para el despegue del sector que encontró en el aceite y, sobre todo, en la hojalata los mayores inconvenientes para su expansión, amén de los movimientos migratorios de la sardina, que ocasionaron no pocos trastornos a la trayectoria coyuntural de las empresas. Igualmente, la madurez del sector se demostró con la conquista del mercado español, tras los efectos de la gran depresión de los años treinta que reveló la vulnerabilidad del mismo por su fuerte dependencia a los mercados internacionales.

Los autores muestran que en Galicia, como ocurrió en otras latitudes atlánticas, los efectos de arrastre y de aglomeración de la conserva de pescado fueron decisivos para la formación de un complejo industrial marítimo y la definitiva modernización del sector pesquero. A las industrias productoras de bienes intermedios para la conserva, añaden el papel desempeñado por la construcción naval privada en las rías gallegas, los astilleros vigueses principalmente, que se especializaron en buques de pesca impulsados a vapor y con cascos de madera con destino a los armadores gallegos y de otras regiones españolas. Asimismo, destacan el desarrollo de las industrias metálicas y mecánicas, cuyo salto se produjo en tiempos de la Gran Guerra, y la difusión de los aserraderos mecánicos que potenciaron la industria de transformación de la madera por toda la Galicia occidental. Por último, los autores refuerzan su tesis de la importancia del mar en la gestación de la moderna industria gallega con la función del Arsenal ferrolano en la construcción de buques de guerra, primera empresa regional, por delante de la Fábrica de Tabacos de A Coruña. Los autores diferencian dos etapas, antes y después de 1909, año en que se arrendó la gestión de los arsenales a la Sociedad Española de Construcción Naval y a partir del cual cobró un fuerte impulso la actividad constructora. Para Carmona y Nadal, la debilidad de esta bulliciosa etapa industrial residió en la escasa solidez de las empresas de servicios (aseguradoras y consultoras, entre otras) que hubieran proporcionado información, financiación y, sobre todo, canales de comercialización para el sector marítimo. Ahí radicó, según ellos, la diferencia entre el complejo marítimo gallego y el de otros procesos exitosos, más robustos y densos, como el noruego.

La industria moderna que se fortalece en Galicia en el medio siglo anterior a la Guerra Civil no se agotó en el complejo marítimo. Paralelamente, hubo un desarrollo de industrias “terrestres” de muy diversa índole, entre las cuales destacó el empuje de dos sectores manufactureros propios, el eléctrico y el de materiales de la construcción, por un lado, y un conglomerado de iniciativas individuales asociadas a las industrias de bienes de consumo, por otro. Pero, como señalan los autores, se trata de pocas iniciativas, algunas abocadas al fracaso. Así, se destacan los vaivenes de dos fábricas de azúcar, una de jabón blanco, una de fertilizantes, una de lámparas eléctricas y otra más de elementos mecánicos para la automoción. Ello es tratado en el capítulo quinto. Frente al auge de las “industrias del mar”, los autores nos presentan unas “industrias de la tierra” languideci-

das por la escasa relación interindustrial existente. Para Nadal y Carmona, el crecimiento de la industria gallega del primer tercio del siglo XX estuvo apoyado en las relaciones intraindustriales, se debió más a las economías de localización (tipo Marshall) que de urbanización (tipo Jacobs), o lo que es lo mismo, más internas al sector que externas a él y, por tanto, menos efectivas en la promoción del desarrollo económico regional. La única excepción a este abatimiento se encuentra en las dos especialidades señaladas que adquieren protagonismo propio como sector y, en concreto, en las eléctricas. Con el crecimiento del sector eléctrico, la industria gallega penetró en la Segunda Revolución Industrial y, aunque no alcanzó las proporciones que se esperaban de ella, fue decisivo para el ensanchamiento de la industria energética que protagonizó la diversificación industrial en la siguiente etapa, durante la segunda mitad del siglo XX.

El capítulo sexto se encarga, en efecto, de dar cuenta de la explosión de la industria hidroeléctrica y del impulso que recibió de ésta la industrialización gallega que tuvo lugar tras los años de la posguerra y se prolongó hasta 1970. De la mano de la banca, el sector hidroeléctrico conoció su mayor esplendor y propició la diversificación del tejido industrial y empresarial, más allá incluso que el que propiciara posteriormente el Estado a través del INI. Los autores reclaman la importancia que este sector tuvo en la promoción del desarrollo económico regional, ajustándose a un patrón bien definido por Gerschenkron en el que el capital bancario —en este caso, bajo la batuta del Banco Pastor que presidió Pedro Barrié de la Maza— jugó un rol determinante en países y regiones de industrialización tardía. En esta etapa, la banca gallega financió no sólo el sector hidroeléctrico, con Fuerzas Eléctricas del Noroeste (FENOSA) a la cabeza, sino todo un entramado industrial de empresas de muy diversa actividad, que más adelante se convertirían en las principales firmas gallegas del siglo XX. A diferencia del débil papel desempeñado por la banca en el primer tercio de la pasada centuria, que explicaría la debilidad del *empeño industrial* de dicho periodo, la intervención del capital bancario fue decisiva para la industria, eliminando los cuellos de botella que estrangulaban el desarrollo del tejido empresarial gallego. Sin embargo, el esplendor de las hidroeléctricas y de la construcción naval —prácticamente al frente de los astilleros españoles— tiene su reverso en la industria conservera, que fue discriminada junto a otras de bienes de consumo por la política autárquica, más decidida a potenciar las fábricas de productos químicos e intermedios, el sector energético y las actividades de interés militar. Los índices de producción y exportación alcanzados por la conserva gallega en los años de la preguerra no se recuperaron hasta la década de 1970.

El último capítulo está dedicado a la trayectoria reciente de la industria gallega, entre crisis de los años setenta y el comienzo del nuevo milenio. Los autores comienzan narrando la evolución general de un sector industrial cuyos cambios en la especialización interna son reducidos. Pese a la crisis de los setenta, que se prolongó hasta comienzos de los ochenta y ocasionó una fuerte caída del empleo en Galicia y serios problemas empresariales por el reducido tamaño de las firmas, la industria regional aumenta su peso en la industria española tanto en valor añadido como en empleo. Energía, alimentación y material de transporte constituyen los principales subsectores, aunque el segundo sufre un fuerte deterioro de su posición relativa. La metalurgia básica y de transformación, los plásticos y las industrias gráficas muestran las mejores perspectivas. A diferencia de otras etapas, la empresa pública, con el Instituto Nacional de Industria a la cabeza, se revela

crucial en el *empeño industrial*, llega a ser el primer empresario de Galicia, pues se convierte en “hospital de empresas” y amortigua así el embate de la alarmante crisis de empleo industrial, y fomenta el desarrollo de nuevas especialidades. Los autores nos recuerdan que la etapa estelar del INI tuvo lugar precisamente cuando éste abandona su adscripción a la ideología autárquica e intervencionista y se centra en los principios de subsidiariedad y rentabilidad. A continuación destacan el desarrollo de la automoción que tiene lugar a partir de los años setenta, siendo Citroën la empresa líder y motor de la industria regional a través de su planta viguesa. Los últimos apartados se dedican a la transformación de los sectores más tradicionales, como la conserva, la madera y la confección, y destaca de ésta la notable dimensión alcanzada por firmas de prestigio en el mundo de la moda y los logros de algunas hasta convertirse en multinacionales. La importancia de éstas, que rebasa el mundo de la confección y alcanza al de la conserva y la madera (Inditex, Pescanova, Conservas Calvo, Finsa), tiene su contrapunto en la fuerte penetración de las multinacionales extranjeras y empresas españolas que han tomado las riendas de muchos de los negocios tradicionalmente gallegos, como el lácteo, el aluminio o la electricidad. En cualquier caso, los autores recalcan la mejor posición que hoy ocupa la industria gallega atendiendo a su notable apertura en el comercio exterior e internacionalización.

El empeño industrial de Galicia constituye una brillante síntesis de la historia de las actividades manufactureras gallegas en los últimos siglos. Pocos reproches podemos hacer a una obra que excede los objetivos marcados por los autores, destinada a un público no especializado, pero que reconfortará al colectivo de los especialistas, prolija en detalles de empresas, empresarios e instituciones. Para entender mejor el sentido de esta obra, conviene saber que forma parte de un proyecto algo más ambicioso, principalmente divulgativo, soporte de una exposición exitosa sobre la *Galicia Industrial* entre octubre de 2005 y enero de 2006 en Vigo y A Coruña, y que va acompañada de un catálogo con el mismo nombre, cuyos textos y fotografías son tan valiosos como el libro que reseñamos; todo ello bajo el patrocinio de la Fundación Pedro Barrié de la Maza. Como es obvio, el proyecto en su conjunto responde al afán de mostrar a un público en general el esfuerzo de Galicia por industrializarse. El recorrido histórico que Carmona y Nadal nos muestran desde mediados del siglo XVIII hasta hoy, vislumbra una Galicia con industria dinámica y unos empresarios emprendedores, con vocación del mantener el empuje industrial más allá de sus fronteras. Alejado de los tópicos y del pesimismo que aún circundan en la sociedad gallega, *El empeño industrial de Galicia* destila a todas luces lecturas positivas y un futuro esperanzador.

JOSÉ MIGUEL MARTÍNEZ CARRIÓN